

los dos días me llama y me dice: 'Váyase del hospital'. Pedí licencia y me fui".

El chalet de dos plantas ubicado en el mismo predio del Posadas, que hasta entonces servía como residencia para los directivos del hospital, había sido convertido en un centro clandestino de detención. Allí fueron torturados y asesinados decenas de trabajadores. A una enfermera, Gladys Cuervo, la encerraron en un placard. Desde ahí –contó en sucesivas oportunidades– escuchaba a Roitman quejarse e incluso alcanzó a verlo en un charco de orina y sangre. Un día escuchó corridas y le preguntó a uno de los represores qué pasaba: "Se murió Roitman", le respondió.

Después del terror

Goldberg trabajó toda su vida como médico y fue presidente del Consejo de Administración del Hospital Garrahan. Costantino es un eminente psicoanalista. Sigman se desarrolló como psiquiatra y luego como empresario. Jasovich continuó trabajando con Stamboulían en el Güemes y fue presidente de la Sociedad Argentina de Infectología. Stamboulían es el infectólogo más reconocido del país.

El Posadas sigue siendo un mundo, una mole hoy custodiada por la Policía Federal y Gendarmería; sus empleados denuncian despidos masivos y el vaciamiento de la institución.

El Chalet dejó de funcionar como centro clandestino en 1977, cuando la Fuerza Aérea desplazó a los "SWAT". Hoy, declarado "lugar histórico nacional", es un sitio de la memoria bajo la Dirección de Derechos Humanos del Posadas. Ahí puede verse, entre otras cosas, el placard donde estuvo encerrada Cuervo.

La historia vuelve, siempre vuelve. El 8 de noviembre pasado, cavando una zanja para el desagüe de una nueva construcción del hospital, a no más de 25 metros del Chalet, un obrero encontró unos huesos. El Equipo Argentino de Antropología Forense identificó los restos y el juez federal Daniel Rafecas, quien investiga los crímenes de lesa humanidad cometidos por el Primer Cuerpo del Ejército durante la última dictadura, comunicó semanas más tarde que pertenecían a Jorge Mario Roitman.

Sus responsables ya habían sido juzgados, liberados y vueltos a juzgar. Luis Muñña, uno de los integrantes del grupo "SWAT", tenía en 1976 apenas 20 años. A esa edad, sus superiores le confiaron la tarea de investigar mediante la tortura a los "sospechosos" del hospital. Amo y señor del lugar, torturó a unos 30 médicos, técnicos y empleados, entre ellos a Roitman.

Memoria

"La memoria es un deber militante que nos íntima y reclama", sostiene Daniel Goldman en *Ser judío en los años 70*, libro que escribió junto a Hernán Dobry (1). En otro texto fundamental, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina* (2), Hugo Vezzetti analiza las complejidades de la memoria, una materia que no es inmune al paso del tiempo y que nos impone la interminable tarea de extraer eso que llamamos "lecciones del pasado". "La memoria –sostiene Vezzetti– necesariamente se constituye en una arena de lucha en la que entran en conflicto narraciones que compiten por los sentidos del pasado; pero que siempre dicen mucho más sobre las posiciones y las apuestas en el presente".

"¿De qué sirve que los restos de Jorge hayan aparecido?", se pregunta Jasovich. "Es una confirmación de lo que sucedió. Para la familia podría representar cierta sensación de paz, pero también para los que no eran íntimos, que ahora son capaces de constatar los hechos. Porque el tiempo a lo mejor deforma la visión, o tal vez aplaca las vivencias", reflexiona. "Durante todo ese período nos preguntábamos: ¿y este por qué?, ¿y a este otro, por qué?. Pero el hecho de que todo haya sido tan arbitrario tampoco lo vuelve necesaria-

Las torturas se llevaban a cabo en El Chalet, ubicado en el mismo predio del hospital y convertido hoy en sitio de la memoria.

mente irracional, porque ese tipo de acciones fueron creando un clima al cual uno se va acostumbrando, y va justificando. Es terrible, pero es así. Si te dicen que en tu trabajo secuestran gente, violan a una empleada, te amenazan, si de repente dejás de ver a un compañero que al tiempo vuelve y te dice 'nunca me preguntes lo que ví', y se va al exterior. ¿Seguís yendo a tu trabajo? Nosotros lo hacíamos".

Sin embargo, el trabajo de la memoria es también el intento de encontrar una ló-

gica, una explicación. Stamboulían dice que todavía no lo puede elaborar, que pocas cosas en la vida le dolieron tanto como la desaparición de Roitman, que lo que más desolación le provoca es no haber tenido una alarma, un aviso a tiempo para mandarlo a trabajar a Estados Unidos, salvarlo.

"Lo que pasó con Jorge habla de la arbitrariedad y la prepotencia descomunal de las dictaduras. Todos los crímenes de la dictadura fueron horribros, por supuesto, pero que mataran a un tipo así sólo es posible en esas circunstancias. Y no es un accidente, es la consecuencia inevitable de un sistema", señala Sigman. "Hay que ser prudente –redondea Goldberg–, porque al contar esta historia podría parecer que se trata de identificar al inocente en vez de mostrar lo que puede llegar a hacer un poder desatado, impúdico y liberado bajo cualquier bandera, sea ideológica, religiosa o étnica". "Sin embargo –admite–, todavía no puedo dejar de revivir la sorpresa cuando me enteré de que se lo habían llevado. Nunca pensé que Jorge no iba a volver. Pensé que se equivocaron. Recuerdo que con Graciela se habían comprado un Fiat 600, y él llegó un día furibundo porque un colectivo lo había encerrado. ¿Y qué hiciste?", le pregunté. "Le toqué la bocina!", contestó. "Pero qué violento", me burlé. Ese era Jorge". ■

1. Daniel Goldman y Hernán Dobry, *Ser judío en los años setenta. Testimonios del horror y la resistencia durante la última dictadura*, Siglo Veintiuno editores, Buenos Aires, 2014.

2. Hugo Vezzetti, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Siglo Veintiuno editores, Buenos Aires, 2002.

*Periodista.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur